

Ricardo Vicente López

---

*Cristianismo, utopía,  
política y liberación*

---

Una recuperación de ideas imprescindibles  
para repensar la liberación latinoamericana

*Cuadernos de reflexión:*

Liberación, emancipación, salvación

Correctora: Lic. En corrección Cristina Esteban

## Una primera aproximación

Las décadas de los sesenta y setenta vivieron, en parte, sumidas en un clima de *esperanza* que podríamos denominar *utópica* desde este hoy, asumiendo el tono casi despectivo que adquirió este concepto después de tres décadas de imperio de un neoliberalismo burdamente materialista y perversamente pragmático. La Real Academia nos informa que el vocablo deriva: «del griego οὐ = no, y topos = lugar; ‘lugar que no existe’. Plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación». Otro modo de abordar el tema nos lo ofrece Wikipedia:

El concepto utopía se refiere a la representación de un mundo idealizado que se presenta como alternativo al mundo realmente existente, mediante una crítica de éste. El término fue concebido por Tomás Moro en su obra *Dē Optimo Rēpūblicae Statu dēque Nova Insula Ūtopia* [Libro Del estado ideal de una república en la nueva isla de Utopía], donde Utopía es el nombre dado a una comunidad ficticia cuya organización política, económica y cultural contrasta en numerosos aspectos con las sociedades humanas de su época.

Tomás Moro (1478–1535) fue un pensador, teólogo, político, humanista y escritor inglés, además de poeta, traductor, profesor de leyes, juez de negocios civiles y abogado. En su obra más famosa, aparece este vocablo de su invención: *Utopía*. En ella busca relatar la organización de una sociedad ideal, asentada en una nación cuyo territorio es una isla del mismo nombre. El hecho de ubicar el territorio en un lugar del otro lado del océano Atlántico remite a la posibilidad de que algunos comentarios de los navegantes que habían regresado de América hayan llegado hasta Moro. Las cartas de Cristóbal Colón, con relatos semejantes, probablemente hayan desarrollado su imaginación. La creación de una comunidad ficticia, con ideales filosóficos y políticos no hallables en las sociedades de su época, nos habla de una profunda crítica social que se sostiene en su sólida formación filosófica cristiana.

La obra presenta la narración y descripción de dicha comunidad que un capitán de ultramar, personaje ficticio llamado Rafael Hythloday, le ofrece al autor. El marino se presenta como integrante de la tripulación de uno de los viajes de Américo Vespucio<sup>1</sup> (1451-1512) que se separó de él junto con otros tripulantes, y vivió cinco años en la isla *Utopía*. Los detalles que Moro incorpora a la narración pintan esa comunidad de una vida en paz y armoniosa, ya que se ha organizado con un sistema de propiedad común de los bienes, sin autoridades despóticas.

El cuadro se destaca por sus diferencias con el sistema de autoridad y de propiedad privada de su época y porque, por contraste, se puede entender el origen de la relación social conflictiva en las sociedades europeas. Otra diferencia que contrapone con las sociedades medievales de entonces es el hecho de que las autoridades en Utopía son elegidas mediante el voto popular. Se puede advertir alguna influencia del espíritu que anima a *La República* de Platón, por las numerosas referencias a los pensamientos del filósofo Sócrates, en la cual también se describe una sociedad idealizada.

La obra de Tomás Moro sentó un antecedente crítico que también puede encontrarse en algunos pensadores de su época. Las convicciones de los humanistas del Renacimiento, con sus ideas, con sus escritos, sus prédicas, daban cuerpo terrestre a las para entonces ya viejas *enseñanzas evangélicas*. Así Girolamo Savonarola (1452-1498), Erasmo de Rotterdam (1469-1536), Juan Pico de la Mirándola (1463-

---

<sup>1</sup>Navegante florentino que trabajó al servicio del reino de Portugal y de la Corona de Castilla. Se lo consideró el primer europeo en comprender que las tierras descubiertas por Cristóbal Colón conformaban un nuevo continente; por esta razón, el cartógrafo Martín Waldseemüller, en su mapa de 1507, utilizó el nombre "América" en su honor como designación para el Nuevo Mundo.

1494), Tomás Campanella (1568-1639) —todos ellos cristianos, aunque con reparos frente a los poderes eclesiásticos— comenzaban a construir las bases de un pensamiento que colocaba al hombre, en tanto tal, en el centro de sus reflexiones. La vieja utopía cristiana del «Reinado de Dios en la Tierra» se presentaba, en la imaginación de esos pensadores, bajo diversas formas de sociedades posibles, superadoras de las injusticias de sus épocas.

Todos ellos eran representantes de la ideología de una clase en ascenso, la burguesía de las comunas urbanas, que recuperaban las *verdades* de su humanismo cristiano ante las dogmáticas interpretaciones que de los escritos tradicionales habían realizado las cúpulas eclesiásticas. En este sentido, eran más fieles a las enseñanzas de Jesús de Nazaret que las que aparecían en las interpretaciones de algunos de *sus representantes* en la Tierra, que tantas veces fueron nada más que justificadores del poder dominante. El marchar de las ruedas de la historia comenzaría luego a desviarse de ese camino por la embriaguez de esa misma clase que, tiempo después, se solazaba con el oro y la plata que llegaba de allende los mares.

### *Las críticas de los ilustrados y sus consecuencias*

La supuesta y muy bien publicitada afirmación de que las ideas son universalmente válidas, tarea que realizó ejemplarmente la Ilustración<sup>2</sup>, arrastra más de un equívoco. La Europa burguesa de los siglos XVIII y XIX estaba profundamente convencida de ser portadora de las *verdades universales* que levantó como banderas cuando emprendió la tarea de intentar *convertirnos* a los habitantes de la periferia, con una prédica perseverante, a sus ideales y, para ello, no siempre apeló a los mejores instrumentos. Tal vez, imbuida de aquella afirmación de que «la letra con sangre entra», exageró el contenido de este enunciado y derramó demasiada. Sus cerradas convicciones les impidieron comprender que detrás de su filosofía se escondía un proyecto imperial, y las leyes de los imperios tienen una tenacidad histórica que sobrepasa la conciencia de sus ejecutores. Desde la *racionalidad imperial*, todo está justificado (por si hay alguna duda, queda consultar a la Casa Blanca y al Pentágono).

La conquista, con sus métodos feroces, salpicó el seno de la sociedad europea. La justificación de la explotación de los pueblos indígenas sirvió también para avalar la explotación de los trabajadores que la Revolución Industrial<sup>3</sup> amontonó en sus grandes talleres. Posiblemente, el ruido de las nuevas máquinas tapó el gemido de esa gente que dejaba jirones de sus vidas durante las doce o catorce y hasta dieciséis horas de sus jornadas laborales. La cantidad de mercancías que esas fraguas industriales arrojaban a la venta alimentó la apertura de los *nuevos mercados* (para utilizar un lenguaje técnico y aséptico), de modo tal que el mundo se fue convirtiendo en un solo escenario de ventas y de aprovisionamiento de insumos. Dice Karl Marx en el *Manifiesto*: «La gran industria creó el mercado mundial».

El romanticismo y la fe de los renacentistas, en los ideales de un mundo mejor, fueron quedando sepultados bajo las tentaciones de la *nueva promesa* de la felicidad por vía de la acumulación infinita de riquezas a cualquier precio. Volvamos a Marx: «Eché por encima del santo temor de Dios, de la devoción mística y piadosa, del ardor caballeresco y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada

---

<sup>2</sup> La Ilustración fue una época histórica y un movimiento cultural e intelectual europeo —especialmente en Francia e Inglaterra— que se desarrolló desde fines del siglo XVII hasta el inicio de la Revolución francesa. Fue denominado así por su declarada finalidad de disipar las tinieblas de la humanidad mediante las luces de la razón. El siglo XVIII es conocido, por este motivo, como el Siglo de las Luces.

<sup>3</sup> Período histórico comprendido entre la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX, durante el que Gran Bretaña en primer lugar, y el resto de Europa continental después, sufren el mayor conjunto de transformaciones socioeconómicas, tecnológicas y culturales de la historia de la humanidad.

de sus cálculos egoístas». La prédica del cristianismo en ciertas Iglesias fue puesta al servicio del proyecto capitalista. Aprovecharon la *espiritualización del viejo mensaje* que le quitaba todo el contenido subversivo de los primeros siglos. Esta tarea se había llevado a cabo desde esa *Otra Alianza* que en el siglo IV se había acordado entre el emperador Constantino<sup>4</sup> (272-337) y los obispos cristianos. Se permutó la *persecución* contra los “subversivos” cristianos por la *espiritualización* del mensaje que desestabilizaba al Imperio. Así el *Reino* se trasladó a los Cielos, y la Tierra se convirtió en un valle de lágrimas para merecer el premio pos-mortem. El mensaje del predicador de la Palestina fue más sereno; se guardó el látigo con el que había expulsado a los *Mercaderes del Templo*, se ofreció la otra mejilla y, de este modo, sus palabras llamaron a la paz y al sometimiento obediente, mientras algunas jerarquías acumulaban tierras que hacían trabajar a sus siervos de la gleba.

Esta *Nueva Alianza*, contrapuesta con la original, garantizó una cierta estabilidad del poder feudal legitimado como voluntad divina. Durante catorce siglos, las revueltas campesinas fueron sometidas en el *Nombre de Dios*. Todo intento de modificar las condiciones sociales se convertía en una herejía en tanto pretendía alterar el Orden impuesto divinamente. Cuando las burguesías hubieron acumulado dinero y poder suficientes, se encontraron en condiciones de enfrentar a las monarquías aliadas con las Iglesias. Encontraron en los intelectuales del *Siglo de las Luces* a sus mejores representantes, que comenzaron a demoler ideológicamente los castillos señoriales con las doctrinas que brotaban de sus plumas. Así fue como esta prédica devastadora, que comenzó apuntando a las consecuencias políticas de esa Alianza, afiló sus agudas preguntas y la emprendió contra los textos heredados de la tradición judeo-cristiana. Como la lectura oficial de la Iglesia de entonces se aferraba a una *interpretación literal* de esos textos, los *ilustrados* preguntaban en la misma línea, cosas como “Si Adán y Eva tuvieron dos hijos varones, ¿con quiénes tuvieron sus hijos Caín y Abel?”, etc.

Todo ello era comprensible en una época que estaba todavía lejos de adquirir los instrumentos del análisis histórico-crítico, de la lingüística, de la filología, de la hermenéutica, de la exégesis, etcétera, es decir, de todo aquello que permitió más tarde recuperar el sentido originario de esos textos de la envoltura lingüística propia de la época y de su modo oriental de expresión. Y por tal razón se tendía a una lectura literal de los textos, a favor y en contra. Pero ya han pasado algunos siglos y se ha avanzado mucho en el conocimiento del mundo antiguo, de sus maneras de pensar, de la cultura que los formaba, como para seguir cometiendo los mismos errores. Alcanza con recurrir a la versión de la Biblia: *Libro del pueblo de Dios*,<sup>5</sup> para ver, como se aclara en su introducción:

En la Biblia, Dios habla a los hombres y lo hace por medio de hombres que confieren, a cada escrito de este Libro único, su matiz particular. La Biblia es Palabra de Dios, está inspirada por él, pero no ha caído del cielo. Fue escrita en un lenguaje humano, vinculado a una historia, a una cultura y a formas literarias propias de épocas bien determinadas. Más aun, es el fruto de una experiencia, la experiencia vivida por el pueblo de Israel y por la Iglesia primitiva.

Agrega, además, al pie de página los significados elaborados por esos estudios que evitan tantas malas interpretaciones que impidieron una comprensión correcta y profunda de sus contenidos. Sólo un ejemplo, de los varios que aparecen en esta versión, cuando el relato hace referencia a Caín y Abel, aclara al pie:

---

<sup>4</sup> Flavio Valerio Aurelio Constantino fue emperador de los romanos desde su proclamación por sus tropas, el 25 de julio de 306, y gobernó un imperio romano en constante crecimiento hasta su muerte. Legalizador de la religión cristiana con el Edicto de Milán en 313, convocó el Primer Concilio de Nicea en 325, que otorgó legitimidad legal al cristianismo en el Imperio Romano, por primera vez.

<sup>5</sup> Publicado por *Ediciones Paulinas*, ediciones varias. Es una traducción al castellano “por argentinos y para argentinos”.

El episodio relatado supone una civilización ya evolucionada: la vida pastoril se opone a la agricultura... existen otros hombres que pueden matar a Caín y los miembros de su propia tribu podrán vengarlo. Estos indicios muestran que el episodio de Caín y Abel no debe ser interpretado como un hecho "histórico", que tuvo por actores a los hijos del primer hombre, sino como un "ejemplo arquetípico" que pone de manifiesto los efectos de la desobediencia narrada en el capítulo del Edén.

Desde este tipo de lectura, se podrán responder las preguntas que los ilustrados hacían con mucha ironía y que todavía flotan en el aire escéptico de esta decadencia civilizatoria. Entonces, se puede comprender también que en una España todavía herida por las secuelas del franquismo, por el rígido conservadurismo de la jerarquía eclesiástica, por el severo sometimiento a Roma, el sentimiento anticlerical tenga tanta fuerza; que una Europa desilusionada por el incumplimiento de las promesas de la modernidad haya caído en el actual escepticismo, profunda desesperanza y falta de fe. Pero así también es necesario diferenciar esos procesos culturales de los que se han ido desarrollando en nuestra América.

### *América como la nueva esperanza*

A una importante distancia de los procesos de una Europa decadente, habitamos una tierra que ha sabido rescatar lo mejor de las viejas tradiciones judeo-cristianas. Éstas encontraron un ámbito propicio cuando las *Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano* realizaron sus encuentros: primero, en Medellín, Colombia (1968) y después en Puebla de los Ángeles, México (1979). Entonces, otros vientos soplaron y otras ideas se enunciaron. Habiendo escuchado la palabra del pueblo latinoamericano, se erigieron en representantes de sus demandas; por ello, se habló de *imperialismo*, de *colonización* y *opresión de los pueblos*, de *penetración cultural* y, como respuesta, *la necesidad de liberación de la dependencia y el saqueo*, etc.

Las viejas tradiciones evangélicas, preñadas de esperanza y nuevas utopías comenzaron a expresarse y se propusieron abrir nuevos caminos hacia una comunidad liberada y más equitativa. Allí se volcó la experiencia religiosa de las *Comunidades de Base* como un camino de la práctica político-religiosa que demandaba un cambio de las estructuras. Allí reverberaron las diversas formas de pensar la palabra *revolución*, despojándola de la interpretación exclusivamente violenta. Dice el *Documento de Puebla*:

El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas. Al analizar más a fondo tal situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de la miseria. Esta realidad exige, pues, conversión personal y cambios profundos de las estructuras que responden a las legítimas aspiraciones del pueblo hacia una verdadera justicia social; cambios que, o no se han dado o han sido demasiado lentos en la experiencia de América Latina.

Uno de los participantes en el Concilio Vaticano II<sup>6</sup>, José Comblin<sup>7</sup> (1923-2011), escribió su experiencia y las consecuencias de los dos encuentros latinoamericanos de la Conferencia Episcopal:

Medellín y Puebla han sido, en primer lugar, la toma de conciencia y la afirmación de la personalidad propia de la Iglesia latinoamericana. Han sido como actos de emancipación, de inicio

---

<sup>6</sup> Fue un concilio ecuménico de la Iglesia católica, convocado por el papa Juan XXIII el 25 de enero de 1959, y uno de los eventos históricos que marcaron el siglo XX.

<sup>7</sup> Sacerdote y teólogo belga residente en el Brasil, uno de los más importantes teóricos de la Teología de la Liberación y crítico de las interpretaciones bíblicas de la elite eclesiástica mundial.

de la edad adulta de la Iglesia latinoamericana. Antes de Puebla, la Iglesia latinoamericana se veía a sí misma como la prolongación de la Iglesia Europea, la franja periférica que se contentaba con seguir los movimientos nacidos en Italia, en Francia, en España y eventualmente en Alemania. En el Vaticano II, los obispos latinoamericanos más lúcidos sintieron con sufrimiento esta situación y salieron del Concilio convencidos de la necesidad de despertar la conciencia propia de la Iglesia latinoamericana. Medellín y Puebla, nombres que han llegado a ser sospechosos, como si se tratase de subversivos buscados por la policía política. Medellín y Puebla hablaban de realidades concretas, de situaciones determinadas y bien conocidas; eran hechos conflictivos que, en cuanto tales, renovaban la fuerza de las palabras de Jesús. Hay que desconfiar cuando la palabra de Dios no provoca conflictos. Los conflictos provocados por las palabras de Jesús fueron tan radicales que sus adversarios no lo soportaron más de tres años. El acontecimiento de Medellín y Puebla ha sido tan significativo que ha tenido repercusiones en el mundo entero.

Sin embargo, décadas después, pareciera que toda aquella pasión de denuncia y acusaciones a los culpables de ese estado de cosas se fue apagando lentamente en la palabra de las jerarquías, aunque se mantuvo viva en las iglesias apegadas al servicio de los pobres y marginados. Por eso, todo ese bagaje político no ha desaparecido. Ese cristianismo vuelve a brotar en las ideas de un socialismo de cuño cristiano que proclaman, para este siglo XXI, en diversas latitudes de estas tierras americanas. La necesidad de reavivar aquellas llamas reside en la radicalidad y densidad del mensaje cristiano, que se puede afirmar sin vacilar, guarda una mirada y una concepción sobre el hombre, sin la cual se corre el riesgo grave de degradarlo a una mirada sólo biológica o solo economicista o solo sociologista, etcétera, como consecuencia de un materialismo burdo que impera *globalmente*. Esa necesidad está expresada en el mismo Documento de Puebla con estas palabras:

dimensión esencial de su ser —el Absoluto— y puesto así frente a la peor reducción del mismo ser. La verdad que debemos al hombre es, ante todo, una verdad sobre él mismo. Como testigos de Jesucristo, somos heraldos, portavoces, siervos de esta verdad que no podemos reducir a los principios de un sistema filosófico o a pura actividad política; que no podemos olvidar ni traicionar. Quizá una de las más vistosas debilidades de la civilización actual esté en una inadecuada visión del hombre. La nuestra es, sin duda, la época en que más se ha escrito y hablado sobre el hombre, la época de los humanismos y del antropocentrismo. Sin embargo, paradójicamente, es también la época de las más hondas angustias del hombre respecto de su identidad y destino, del rebajamiento del hombre a niveles antes insospechados, época de valores humanos conculcados como jamás lo fueron antes. ¿Cómo se explica esa paradoja? Podemos decir que es la paradoja inexorable del humanismo ateo. Es el drama del hombre amputado de una

En esta misma tarea de recuperación de contenidos humanos, paulatinamente dejados de lado por una cultura que ha hecho del consumo la actividad fundamental del hombre y la meta de su felicidad, se presenta la necesidad de abordar con otra actitud el precioso legado de la sabiduría bíblica, tan despreciada hoy por la filosofía de la Ilustración y sus derivados. Por ello, las palabras del investigador Edgar Durini Cárdenas<sup>8</sup> nos recuerdan cómo valorar los aportes de los textos judeo-cristianos en la línea interpretativa de la liberación de los pueblos:

Las experiencias históricas de la liga tribal y de las primeras comunidades cristianas aportan valiosos elementos para las acciones de los cristianos en el mundo actual, vinculados entre otras cosas a la posibilidad de construcción de una organización económico-política comunitaria y de una sociedad sin clases sociales. Las tribus de Yahvé y los seguidores de Jesús estaban unidos por un

---

<sup>8</sup> Consultor e investigador independiente de Guatemala, miembro de La Red Académica Iberoamericana Local-Global.

pacto religioso y por un sueño común, que ahora se concebiría como un proyecto democrático-participativo contra la injusticia social y a favor de los pobres de todas las naciones. Y es en función de ello que deben asimilarse las lecciones históricas para los creyentes en la actualidad.

Otro tanto debe decirse respecto al concepto *liberación*. La expectativa que se había generado en este continente con las posibilidades que prometía en la década de los sesenta la idea de *desarrollo*, al verse frustradas, dieron paso a la comprensión de la necesidad de plantear el tema en términos de *liberación nacional*. Es por ello que Gerardo Farrell<sup>9</sup> (1930-2000) afirma que:

En Medellín, el Episcopado descubrió viva, en los pueblos del Continente, la dimensión política... La voluntad de las naciones latinoamericanas por ser sujetos de la historia actual, llevó a trascender el planteo más economicista de desarrollo-subdesarrollo... hay en Medellín una apreciación de los valores que tiene la cultura latinoamericana, y que manifiesta que estos pueblos poseen ya radicalmente la misma liberación que luchan por alcanzar más plenamente.

Leonardo Boff<sup>10</sup> (1938) sostiene que ese cambio de perspectiva parte de una relectura del texto bíblico del Éxodo; por ello, puede afirmar que «encontramos en la tradición bíblico-teológica una temática inmensamente rica en dimensión hermenéutica de los acontecimientos históricos: el tema de la opresión y del éxodo de Egipto». Esa situación en que se encontraba el pueblo hebreo, sometido por el Faraón y su posterior proceso de liberación, permitió a los rabinos una reflexión teológica que es releída a la luz de la especial situación de dependencia de América Latina. Leamos más extensamente a Boff:

Toda la conciencia de Israel estuvo marcada profundamente por la dialéctica opresión-éxodo. Históricamente, el éxodo de Egipto fue un hecho sin especial relieve. Pero aquellos acontecimientos revelaron la estructura de todo verdadero proceso de liberación... un entorno vital se vuelve opresor y por eso insostenible, se instaura una crisis generalizada, surge la contestación, se elabora el proceso de liberación, chocan las fuerzas contrarias, se impone una salida y una completa desinstalación, se elabora un nuevo entorno vital más libre y humanizado. Por eso, éxodo en un sentido teológico y estructural no significa una salida geográfica y el abandono de un territorio, sino un despojo de las categorías con que arrostramos una situación y que nos permite permanentemente mantener la historia en proceso, sin congelarla en instituciones opresoras.

Como hemos leído en Durini Cárdenas, el apoyo de los textos bíblicos sirvió para iluminar a los cristianos que se fueron comprometiendo en América en la lucha política a partir de esas convicciones. La liberación, como idea madre para pensar los caminos de salida de las situaciones de opresión, constituyó una matriz de pensamiento doctrinario, alrededor del cual se elaboraron concepciones políticas para su logro.

Creo que se puede entender, sin gran esfuerzo, la analogía que se encontró en América entre estos textos y la situación de nuestros pueblos. Por ello, esta relectura fue especialmente rica para volver a pensar la teología, desde esta situación de dependencia, y la necesidad de emprender el éxodo hacia la liberación. Del mismo modo, se releerá la liberación de Jesucristo. Al respecto dice Boff:

Así, pues, nuestra tarea será doble: por un lado mostrar cómo la liberación de Jesucristo fue una liberación concreta para el mundo con que se encontró, un mundo muy parecido al nuestro de

---

<sup>9</sup>Teólogo y profesor de Sociología Pastoral y de Doctrina Social de la Iglesia en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina y de Sociología en la Universidad de Morón.

<sup>10</sup>Teólogo, filósofo, escritor, profesor, ecologista brasileño. Durante 22 años, fue profesor de Teología Sistemática y Euménica en el Instituto Teológico Franciscano de Petrópolis; profesor de Teología y Espiritualidad en varios centros de estudio y universidades del Brasil y del exterior, y profesor visitante en las universidades de Lisboa (Portugal), Salamanca (España), Harvard (EUA), Basilea (Suiza) y Heidelberg (Alemania).

América latina, oprimido interior y exteriormente; por otro, detectar dentro de esa liberación concreta una dimensión que trasciende esa concreción histórica de la liberación y que, por eso, nos interesa y nos alcanza a los que vivimos luego en otra situación.

Equivale a decir, la liberación de Jesucristo tiene un aspecto histórico que no se debe perder, en lo que hace a las peculiaridades del escenario socio-histórico en que actuó. Pero no termina allí su significado: en lo histórico, debemos encontrar los signos de su misión trascendente de *liberación integral*, pero esta dimensión, a su vez, no debe ocultar lo concreto de su historia. La situación histórica del pueblo de Israel —después de tantos años de opresión del Imperio babilónico, luego en el Egipto de Akenatón<sup>11</sup>, de los griegos de Alejandro y, por último, de los ejércitos imperiales romanos— hacía particularmente irritante la dependencia; de allí, las ansias de liberación que se expresaba en la *esperanzadora llegada de un mesías*. Pero señala Boff:

La verdadera opresión, sin embargo, no residía en la presencia del poder extranjero y pagano, sino en la interpretación legalista de la religión y de la voluntad de Dios. El culto a la Ley pasará a ser, en el judaísmo post-exílico, la esencia del judaísmo. La Ley, que tenía que auxiliar al hombre en la búsqueda de su camino hacia Dios, irá degenerando, con las interpretaciones sofisticadas y las tradiciones absurdas, en una terrible esclavitud, impuesta en nombre de Dios.

### ¿Por qué hablar ahora de esto?

Lo dicho se ve justificado, y es necesario volver a recordarlo, porque América está viviendo una primavera de ideales en la que los pueblos han comprendido la etapa que se abre y han emprendido nuevamente el camino de su liberación. Aunque esto, en parte, pase inadvertido para algunos que no pueden, no quieren, les es muy difícil o rechazan estas experiencias, es necesario colocar todos estos acontecimientos en superficie, para hacer visibles las corrientes históricas subterráneas de la cultura popular. Este rastreo de las raíces históricas permite comprender la emergencia de las ansias de liberación, largamente sumergidas, para no caer en interpretaciones espontaneístas de los procesos políticos. Una frase del antropólogo Rodolfo Kusch<sup>12</sup> (1922-1979) nos ilumina: «El indígena se acuclilla para dejar pasar el tiempo hasta que llegue el de los suyos».

Aparecen voces en los medios de comunicación que, tal vez, con la convicción de hablar desde un progresismo liberal caen en interpretaciones y afirmaciones no compartibles desde el compromiso con esta etapa liberadora. En este sentido, el discurso anticlerical, totalmente admisible por las condiciones culturales del Viejo Continente y por las respuestas medievales que reciben de algunas iglesias, como también por algunos ecos que se reproducen en nuestra América, peca por exceso y por ceguera. La crítica a sectores vaticanos y a ciertas jerarquías eclesíásticas latinoamericanas debe manejarse con la prudencia de no involucrar a toda la iglesia —entendida ésta como la *ekklesia* en su origen griego, la ‘asamblea del pueblo’, la principal asamblea de la democracia ateniense. En el cristianismo, fue interpretada como *la asamblea del Pueblo de Dios*— que incluye a todos los seguidores, sin distinciones, de las enseñanzas del Maestro de la Palestina.

---

<sup>11</sup> Akenatón fue el décimo faraón de la dinastía XVIII de Egipto. Su reinado está datado en torno a 1353-1336 a. C. y pertenece al periodo denominado Imperio Nuevo de Egipto.

<sup>12</sup> Antropólogo argentino, Profesor de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires. Realizó profundas investigaciones de campo sobre el pensamiento indígena y popular americano como base de su reflexión filosófica.



Surgen en esas voces, que se presentan como portadoras del progresismo, lo que parece ser la convicción de que nada de la herencia judeo-cristiana es rescatable y hay que enterrarlo en ese pasado irrecuperable. Se percibe en ese pensamiento un escepticismo larvado que emerge en sus propuestas de caminar hacia un mundo mejor, mirado éste desde una crítica perfeccionista que encuentra siempre aspectos criticables en lo que se va realizando, sin ver lo conseguido. Pues radica, en ese modo, de pretender superar la inequidad del mundo actual, la confesión de que no creen seriamente en lo que proponen, siendo sólo un modo crítico sin aportes estimables.

En este juego, los “librepensadores” se refieren a las “iglesias” de la tradición judeo-cristiana como a un universo que, con algunos matices, pareciera que todos merecerían caer bajo la pica de sus demoliciones. Tomaré un caso, sólo como excusa y emergente de ese tipo de afirmaciones, que no es más que uno de tantos. Su autor, Jaime Richart<sup>13</sup>, propone como salida a esta difícil situación social, en la búsqueda de *La forma perfecta de gobierno*, lo siguiente:

De modo que, puestas así las cosas, la única salida airosa para la sociedad occidental es la alianza de las civilizaciones bajo las directrices del musulmán, del chino, del cingalés o el esquimal. Cualquiera menos alguien y algo que tenga su foco en la cultura judeocristiana.

No parece ser la propuesta de alguien que se dedica a la reflexión crítica profunda, parece más bien la expresión de alguien que ignora la verdadera tradición judeo-cristiana y se limita a contestar a los representantes de las jerarquías, con algo que más se parece al odio que a la inteligencia. Ello implica un total desprecio por todo lo que se ha pensado, se ha escrito y se ha realizado en América latina, para referirnos a lo que tenemos más cerca y a su historia, plagada de contradicciones pero con innegables ejemplos de entrega y sacrificios por su liberación. Y me parece comprender que ha llegado a esa conclusión por lo que dice en otra publicación suya: «No soy experto en materia de sociología de la religión. En realidad, no soy experto en nada. Me paso la vida como aprendiz de todo. Por eso escribo». Bien, se podría esperar que después de esta confesión de ignorancia fuera más prudente.

Sin embargo, con un discurso que recuerda las dudas de René Descartes<sup>14</sup> (1596-1650), cuando afirma con fina ironía, en sus *Consideraciones del Discurso del Método*:

El buen sentido es la cosa mejor repartida del mundo, pues cada uno piensa estar tan bien provisto de él que aun aquellos que son más difíciles de contentar en todo lo demás, no acostumbran a desear más del que tienen... Pues no basta con tener la mente bien dispuesta, sino que lo principal es aplicarla bien.

Esta cita del filósofo francés me vino a la memoria al leer las afirmaciones de Richart. Pero, volvamos a sus palabras cuando sostiene:

Tampoco es que crea que adelantase mucho conociendo los dictámenes de los expertos, pues, si bien se mira, los expertos se pasan la vida discutiendo asimismo entre sí sobre el objeto de su estudio, y en cuestiones de interés general -sean de carácter científico, histórico, religioso, económico, político, sociológico o humanista- todos sabemos hasta qué punto están en desacuerdo y se tiran los trastos a la cabeza. Por eso, hace mucho que decidí analizar las cosas por mi cuenta desde los datos fundamentales, limitándome a observar con todo detenimiento tanto los acontecimientos más llamativos como los objetivamente insignificantes pero significativos para mí, añadiendo a ello luego mucha reflexión. Pero en todo caso, sin dar mucha importancia a los

---

<sup>13</sup> Antropólogo y jurista español, contemporáneo, escribe en *Rebelión.org* y en *Redes Cristianas*.

<sup>14</sup> Filósofo, matemático y físico francés, considerado el padre de la geometría analítica y de la filosofía moderna, así como uno de los nombres más destacados de la revolución científica.

pronunciamientos de los especialistas. Y menos cuando pertenecen a la curia. Prefiero equivocarme yo solo, a que me equivoquen los demás.

No me atrevo a calificar este tipo de afirmación, sobre todo por respeto a la persona que escribe, lo dejo al juicio del lector. Sólo diré que se asemeja mucho al discurso de los anarquistas de fines del siglo XVIII y principios del XIX. Yo, que llevo más de cuarenta años de docencia universitaria, puedo compartir que las ignorancias de toda índole se pasean por las aulas de las llamadas “Casas de Altos Estudios”, y puedo aportar experiencias de que en nombre de la ciencia se pueden decir las más grandes atrocidades. Pero, una vez más, se volvió «a tirar el niño con el agua sucia de la bañera». Para leer otra de las conclusiones a las que llega con su método experimental individual, veamos esto:

Dicen muchos, y también el “viejo profesor”, que la democracia perfecta sería aquella que asigna al voto de la gente preparada un valor doble o triple al del pueblo llano. Yo estoy con ellos... Así las cosas, el sistema político perfecto residiría en la aristocracia. Pero no en la aristocracia, entendida como un conglomerado en el gobierno, de títulos heredados, sino el gobierno de los más preparados, de los más sabios, que al mismo tiempo sería también el de los más honestos por su sabiduría. ¿Y quiénes son los más preparados, los más sabios, los más honestos? Pues aquellos que, puestos a prueba, estuvieran adornados con la virtud más valiosa: el sentido común.

Si no lo comprendo mal parece estar hablando desde *La república*, de Platón o desde una interpretación de *La política*, de Aristóteles. El pobre Platón casi pierde la vida por los conflictos que generó su intento de experimentar en la práctica su propuesta política en Siracusa, en el sur de Italia.

¿Se puede hoy hablar con tal desapego de la realidad política, de la realidad antropológica y cultural del hombre actual? ¿Cómo hablar de un sabio-filósofo que se hiciera cargo de los destinos de una nación? Nuestro anacrónico autor es consciente de la dificultad:

La sabiduría es un bien natural o adquirido. O se tiene por ciencia infusa o se adquiere por la suma de ciencia y experiencia, es decir estudio y años. Lo que nos conduciría a concluir que el sistema perfecto sería el Consejo de Ancianos elegidos por los ciudadanos más "preparados"... en sentido común. Pero es que antes, mucho antes de plantearnos a quién elegir más sabio y quién es el elector más “preparado”, habría que seleccionar la elección del método.

Pero la propuesta retrograda el problema hasta el infinito, puesto que deberíamos preguntarnos quiénes están habilitados para definir el método y, a su vez quiénes serían los que eligieran a éstos... Ruego que se me perdone la ironía, es que me siento abrumado por una lógica que conduce a un callejón sin salida.

Propongo, como corolario de estas reflexiones, comparar las afirmaciones del señor Jaime Richart con las que se publican en periódicos de gran tiraje, con preferencia los días domingo, en los que “afamadas plumas” no están muy lejos de las afirmaciones de nuestro autor; son nada más que variaciones sobre un mismo tema: hablar desde una supuesta idealizada perfección. Desde esas cúpulas etéreas, elevan su palabra magistral que censura toda experiencia popular.

## *Palabras finales*

Vivimos tiempos difíciles, tiempos de desmoronamiento de los cimientos de la civilización occidental moderna, tal vez por el incumplimiento de las promesas primeras, por el abandono de los valores que sostenían aquellas propuestas, por el escepticismo en seguir creyendo en las viejas, siempre nuevas, utopías. Por haber reducido el pensamiento político a los moldes de un pragmatismo neoliberal que ocultaba sus peores propósitos en nombre de una libertad que sólo se postulaba para el estrecho margen del

mercado. Estrecho, porque en él no cabe el despliegue de las maravillosas potencialidades de lo humano al reducir todo a simple mercancía.

Si nos permitimos volver a pensar aquellas utopías de la modernidad, herederas de la más maravillosa propuesta de la tradición judeo-cristiana: «El reinado de Dios en la Tierra», ubicándola en las posibilidades del mundo de hoy, sin renuncias y sin idealismos líricos; reconociendo que la primera parte de la *revolución* comienza en el corazón humano mediante la cual debemos liberarnos de las pequeñeces y egoísmos que arrastramos de nuestra educación burguesa, tarea *liberadora*, para sumarnos a las tareas de esta etapa, sin demandas excesivas pero sin claudicaciones fáciles; si así lo hacemos, alimentados por la esperanza y la fe en el hombre, es muy posible que otro futuro nos esté esperando.